

PATRICIA GELLER

QUÉDATE



zafiro[♥]

Tras la marcha de Gisele, Matt trata de hacer frente a su problema y se somete al duro tratamiento de su enfermedad. No quiere negar lo evidente y sabe que lo único que lo mantiene lleno de esperanza es la promesa que ella le hizo antes de partir.

A pesar de la distancia que los separa, se siguen amando con la misma intensidad. Sin embargo, Gisele tomará una decisión justo antes de su vuelta que hará que la relación dé un giro inesperado que cambiará el rumbo de su historia de amor.

Descubre de la mano de Matt Campbell qué es lo que marcará un antes y un después en la trilogía «La chica de servicio»

PATRICIA GELLER

Quédate

Zafiro Ebooks

Sinopsis

Tras la marcha de Gisele, Matt trata de hacer frente a su problema y se somete al duro tratamiento de su enfermedad. No quiere negar lo evidente y sabe que lo único que lo mantiene lleno de esperanza es la promesa que ella le hizo antes de partir.

A pesar de la distancia que los separa, se siguen amando con la misma intensidad. Sin embargo, Gisele tomará una decisión justo antes de su vuelta que hará que la relación dé un giro inesperado que cambiará el rumbo de su historia de amor.

Descubre de la mano de Matt Campbell qué es lo que marcará un antes y un después en la trilogía «La chica de servicio»

Autor: Geller, Patricia

©2014, Zafiro Ebooks

ISBN: 9788408135487

Generado con: QualityEbook v0.75

BAJO del coche en el que hoy, y como viene siendo habitual desde hace días, soy el copiloto. Casi no me sostengo en pie, mis músculos han perdido fuerza, el agotamiento se ha vuelto mi gran amigo.

Miro a mi derecha, la entrada de mi casa, nuestra casa. El refugio de Gisele y mío. Un intenso nudo se me forma en la garganta. Es muy difícil asimilar que cruzaré las puertas y ella no estará...

Siento una mano en mi hombro, dándome el empujón que necesito. Es Scott Stone, el hermano de mi mujer, que conoce lo dura que está siendo esta nueva etapa, pues desde que ella se fue, la semana anterior, es mi gran apoyo.

Ya estamos en la provincia de Málaga. Volvemos del psicoterapeuta, al que hemos ido para asegurarnos de que el tratamiento sea el correcto, tras haberlo retomado en Madrid y ahora seguir haciéndolo, frente a esta enfermedad que está a punto de acabar con lo que más quiero en la vida: Gisele Stone.

—Tranquilo, todo va a salir bien —me dice mi cuñado, colocándose delante de mí—. Anoche su voz era más alegre, ¿no te lo pareció?

—Le gusta que yo esté aquí... —reconozco compungido—. Sabe que no podía seguir en Madrid, tampoco en casa de mis padres y el Refugio es lo más nuestro que tenemos.

Entonces me vengo abajo.

—¿Qué voy a hacer sin ella, Scott?

—Va a volver pronto —me recuerda, tan triste como yo—. Aprovechad este tiempo, recomponeros. —Me da el llavero, que cojo con manos temblorosas—. ¿Necesitas algo...?

Juego con las llaves, con la mirada perdida en ninguna parte, sin el valor suficiente para dar el paso y entrar en casa. Hoy la noche de bodas es el recuerdo que más me duele, aquella noche nos amamos locamente y ahora el vacío frente a esas imágenes es demoledor.

—Déjame unos minutos a solas, por favor —le pido, caminando.

—Estaré aquí.

Abro la puerta exterior y cruzo la zona del jardín. El suelo está húmedo, ha llovido bastante estos días, recordándome lo fría y triste que es esta época del año. El invierno, en pleno mes de enero. No quiero ni mirar a mí alrededor, no puedo soportar tantos recuerdos compartidos.

—Joder, joder. —Me sobresalté ante sus quejidos. Al mirarla, vi que se estaba riendo; tenía el cabello alborotado, apenas se le veía la cara. De un manotazo se lo apartó. Sus ojos grises casi cerrados. Hermosa y atrevida—. ¿¡Te ríes!?! ¡Hemos perdido el vuelo!

La miré ceñudo, soñoliento.

—¡Es la una, Matt, la una! —Putra mierda. Me dejé caer de nuevo hacia atrás—. ¡Levántate!

Desnuda, con aspecto salvaje; mi perdición. Me imaginé deslizándome entre sus muslos...

—Anda, acurrúcate aquí conmigo —le pedí, alzando la mano—. Más tarde cogeremos otro.

—¿Otro? ¡Yo me quiero ir ya! —Me incorporé para verla mejor, con sus brazos en jarras—. Tanto jugar anoche... y mira ahora.

Solté una carcajada.

—Ven conmigo —le pedí de nuevo—. Un poco más.

Con osadía, se recogió el cabello en un moño alto y corrió hacia mí, haciéndonos caer bruscamente hacia atrás. Su emoción por viajar era evidente. La haría disfrutar como nunca.

—¿Cómo has amanecido, esposo?

Pero no disfruté como me lo propuse, la jodí también en nuestra luna de miel.

Hoy tengo miedo, miedo de no saber recuperarla, de que no vuelva nunca. A pesar de las llamadas diarias desde su marcha, su voz suena muy apagada.

Sé que no es feliz estando lejos de mí, pero tampoco conmigo. Las constantes y absurdas peleas, mi negativa a tratarme, mintiéndole... y mi comportamiento enloquecido la han agotado.

No sé quererla como merece.

Temo que pierda las fuerzas, la ilusión y las ganas de luchar.

Inspiro al llegar a casa, son las cinco de la tarde, pero no sé si donde ella está es de día... o de noche... No ha querido decirme su paradero, sabe que la buscaré, pese a haberle prometido lo contrario. No soy tan fuerte como piensa.

Justo antes de abrir, suena mi teléfono. Nervioso, rebusco en el bolsillo del pantalón oscuro que llevo puesto. Un gruñido escapa de lo más profundo de mi ser. Mi garganta se abre de nuevo. La energía y el aire que necesito me llegan inmediatamente.

Es ella, Gisele.

—¿Cariño? —pregunto con agonía.

—Hola, Matt.

—Hola, preciosa.

—¿Qué tal...?

La noto cansada, habla en un tono poco audible. Me siento en la entrada, en los escalones. No puedo más, desconocer tantos detalles de su vida es un sinvivir. Me duele demasiado esta distancia.

—¿Cómo estás, nena? —susurro.

—¿Y tú? —La oigo suspirar—. Recuerda que si tú estás bien, yo también lo estaré. He hablado con Carlos... Me gusta ese doctor.

—Es amable, sí —digo sin ganas, de lo que menos me apetece hablar es de él—. Estoy en la puerta de casa, me falta valor, Gisele.

Hay un precario silencio, crudo.

—Te quiero mucho, mi vida. Estoy muy orgullosa de ti —musita—. ¿Entramos juntos?

Una de sus ocurrencias. Sonrío, negando con la cabeza.

—Solo no puedo.

—No lo estás... Estoy contigo, venga, ábreme la puerta.

Con más ánimo, me levanto y me encamino hacia la puerta. La llave entra a la primera y no dudo en cruzar la sala, su voz es el empujón que necesito. Ahí, fotos de Gisele rodean la estancia.

También nuestras, dándole luz a este rincón tan especial. Hay muchas imágenes, sobre todo las de nuestra luna de miel.

Una que me hace sonreír es en la que ella está con su brazo alrededor de mi cuello, sentada en mis rodillas y haciendo burla. Mi cara varía entre la diversión y la sorpresa. Juguetón.

—Matt —me llama preocupada—. Dime algo, cuéntame cosas.

Carraspeo.

—Estoy haciendo todos los trámites necesarios y cuando regreses...

—Nos quedaremos en Málaga —acaba enseguida, consciente de que me altero si no habla de una pronta vuelta—. ¿Has comido?

—Algo... En casa de mis padres. Tengo algún que otro mareo, náuseas... Esto es muy difícil, cariño.

Otro largo suspiro, está contenida, cambiada.

—Carlos me ha contado que, aunque las pastillas son imprescindibles para el estado de ánimo, la

depresión y los episodios... tienen sus reacciones. —Camino por la sala, rozando su imagen con los nudillos—. Sé que al principio cuesta, me acuerdo de cuando empezaste la otra vez... —murmura incómoda—, pero ahora cuentas con el apoyo de todos.

Y el que más necesito está lejos y ni siquiera sé por cuánto tiempo.

—Te extraño, nena, a veces siento que me voy a volver loco si no te acaricio, si no vuelves pronto. Me haces falta —confieso, mal—. ¿Podré enmendar alguna vez tantos errores?

—Lo estás haciendo ya...

—No sé vivir sin ti, Gisele.

Me gustaría decirle que no volveré a dejar el tratamiento, que no volveremos a pelearnos por tonterías y que no controlaré cada paso que dé. Pero sé que es pronto y que pensará que será otra promesa rota.

He de ser prudente.

—¿¡Nena!?

—Dime...

—¿No tienes la misma necesidad de abrazarme?

—Matt —implora con voz quebrada, finalmente rompe a llorar. Domino el maldito impulso de dar un puñetazo en la mesa, pues odio lastimarla—. Dime que estoy haciendo bien, por favor. Dime que si no me hubiera ido tú no habrías decidido dar el paso... Dime algo para no pensar que estoy siendo egoísta.

Cierro los ojos, no puedo evitar derramar unas agrias lágrimas.

—Nena... Siento defraudarte, pero tienes razón. Chis, no llores, chis —trato de calmarla y cierro los puños. Quisiera tanto abrazarla, besarle la frente y decirle que todo va a salir bien...—. Si no hubiéramos llegado a esta situación, no habría conocido el dolor, la angustia que ahora me atraviesa y, seguramente, no hubiese valorado lo que puedo perder.

—¿Perder?

Sí. —Hago una pausa. No quiero presionarla, pero tampoco sé cómo llevar esto a cabo—. Tengo miedo de perderlo todo. A ti, que eres mi mundo.

—No lo harás, Matt. —Me pellizco la nariz—. Tú eres el mío.

Beso la alianza que nos unió y susurro:

—Estoy enfermo, lo he asumido.

—Te amo igual. —Se desgarra con el llanto.

—Yo más, nena, duele. No lo olvides.

—Lo sé... Descansa, ¿vale? —gimotea, tratando de hacerse la fuerte. No quiero que corte la llamada, luego nada tendrá sentido—. Te llamo esta noche.

—Aquí. ¿Y allí qué será, día, tarde, madrugada...?

Se calla, negándose a decirme su paradero. Algo que no termino de entender. Es mi mujer, ¿por qué no puedo saber qué es de ella? Si hace frío o calor, si llueve o va a la playa... igual con mis llamadas la estoy molestando en mitad de la noche y no tengo forma de saberlo.

—Está bien —cedo, roto. Hoy haría cualquier cosa que me pidiera y aceptaré cada una de sus condiciones—. Te espero.

Cuelga sin que me despida.

Me molesto, aun así hago lo posible por entenderla, por ponerme en su piel. Intuyo que es porque no quiere que la siga oyendo tan derrotada, pero su voz es mi único consuelo.

Sus promesas son mis esperanzas.

Dejo el teléfono en el sofá y, con los dientes apretados, busco la manera de relajarme para no caer en el error de terminar destrozando los muebles, que cuando ella vuelva quiero que siga viendo intactos. Sin mi puño marcado en ellos, como tantas otras veces.

—¡Scott! —Un segundo después, aparece éste, pálido—. ¿Y si no encuentra motivos para volver? ¿¡Cómo haré para soportarlo!?

—No pienses más, Matt. Joder... necesitáis esta separación para recapacitar y que cuando volváis no caigáis en lo mismo.

—Está mal y sola.

—Por cabezona. He llamado a mis padres y...

—No me hables de ellos.

No quiero oír una mísera palabra de la persona que ha ayudado a que llegáramos a esto. Su padre ha hecho lo que ha podido por alejarla de mí y ahora que lo ha conseguido no quiero ni verlo.

No hay en mí ningún sentimiento positivo hacia Michael Stone, es un maldito cerdo. ¡Un egoísta!

—Tu hermana Roxanne viene para acá.

—Excúsame con ella, por favor. —Me toco la cabeza, me duele. No me encuentro bien, ¡estoy harto!—. Voy a echarme un rato... Si Gisele llama, no dudes en avisarme.

—Tranquilo.

—¿¡Quieres dejar de decirme «tranquilo»!? Me haces sentir como el enfermo que quiero olvidar que soy. —Scott asiente, aguantando otro chaparrón—. No puedo estar tranquilo sin saber a cuántos kilómetros está, si está completamente sola... Si otro la mira. ¿Cómo se hace, Scott?

—Confíando en su palabra, igual que Gisele está confiando en la tuya.

—¡Qué fácil se ve cuando no es a uno mismo a quien le pasa!

—Trato de ayudarte. Estoy aquí para lo que necesites.

Avergonzado, le doy la espalda y avanzo escaleras arriba. Según llego, más desesperación al contemplar la habitación en la que tantas noches hemos dormido.

Me doy un cabezazo contra la pared, que me produce vértigos. Quiero estamparme hasta caer inconsciente al ver nuestra cama tan vacía, sin las sábanas tiradas por el suelo, sin el desorden que formábamos al hacer el amor.

—Vuelve pronto —susurro desesperado.

Toco el cobertor buscando su aroma, anhelando destrozado su recuerdo. La cama está fría, no hay rastro de su sonrisa, la señal de que me falta a mi lado. Tengo un mal presentimiento, uno que no me abandona desde que la vi partir lejos de aquí.

ME remuevo inquieto en la cama, me quiero despertar sin conseguirlo. Sé que es un sueño el que me tiene atrapado como a un recluso. Ésta es la única salida para mí, la que suelo buscar para encontrarme con ella, para tenerla cerca. Fantaseando, recordando, pero hoy es diferente. Lo presiento por la escena que se va formando.

Veo a Gisele y me veo yo en nuestra casa de Madrid. Su cabello suelto, iluminado por los mechones rubios. Al darse la vuelta, quedamos cara a cara.

¡No! Sus ojos están tristes, su mirada gris apenas brilla. Lucho, me debato para no entrar en la pesadilla.

De pronto, me sumerjo en ella, ahogándome.

—Necesito hacerte el amor como mereces, no brusco —le susurré—. No hoy que te despides. Siempre debí cuidarte y adorarte así.

Tanteé bajo su monte de Venus, estaba mojada sin un toque previo.

—Gisele. Te amo, eres mi vida.

Calló, percibí que apenas respiraba. La cubrí con mi cuerpo, estremeciéndome con el contacto tan ardiente del suyo. Se abrazó a mi piel e inspiré antes de abrirme paso dentro de ella, que me recibía con la misma pasión de siempre, la que nos desbordaba.

—Tan mía.

Enredó las manos en mi pelo, callada.

—Recuerda tus palabras. No tardes en volver...

Necesitaba perderme en ella hasta saciarme, aunque realmente nunca sucediera: «Satisfecho siempre, saciado nunca», le repetía cada vez que podía, y no mentía.

—Háblame, dime algo, Gisele. —La cubrí de besos, sin olvidarme de ninguna parte de su tersa y nivea piel—. Ya te extraño.

—Matt, no. Déjalo... sabes que voy a volver.

—No lo sé, hoy y ahora no lo sé.

La arropé con leves caricias, me dejé el alma en mimar su cuerpo. Delineando marcas invisibles para que no se olvidara de mí. Gisele tembló, deseándome con la pasión insaciable e irrefrenable de aquel primer día que nos tocamos, cuando ella era la chica de servicio.

—Promételo, nena.

—Confía en mí.

—No puedo —susurré—, tengo miedo.

—Bésame...

Le rocé el cuello, la clavícula, el lóbulo de la oreja. Me detuve en el contorno de sus labios, hasta que la agonía me venció y profundicé en ellos. La penetré despacio, moviendo la pelvis de una manera tan lenta que incluso dolía. Gisele se unía a mí gimiendo, mirándome.

—Te amo, Gisele. Te amo demasiado.

Sentí que perdía el control cuando ella salió a buscarme, levantando las caderas. Me atrapó, estaba muy húmeda, caliente.

—Déjame a mí, Matt.

Sin dejar de besarla, le cedí mi sitio y se puso encima de mí. Su cuerpo y el mío se rozaban, nuestras pieles se buscaban. Mi mujer se movió de manera seductora, como es ella, descarada. Y con la palma de su mano empezó a dibujarme caminos por la piel.

—Eres hermoso.

Me puse a su altura, rodeando su cintura. Amándola desesperadamente, necesítandola hasta querer morir en ella. Justo allí, en medio de nuestra intimidad, dentro de la burbuja en la que estábamos.

—Cariño, recuerda que las sensaciones que tú me causas ninguna otra las provocado nunca —clamé, gruñendo—. Nadie... hasta que tú llegaste a mi vida y te convertiste en ella.

—Me duele irme...

—No lo hagas —musité sin presión—. Nena... *Quédate*.

—Te amo, Matt, y es duro amarte. Es tan complicado... que necesito huir. Pensar...

Arrastró las manos por mis músculos... Tenía marcas, en mí había señales que demostraban mis pérdidas de control, el motivo de su inminente huida. Cerró los ojos y yo hice lo mismo, quise dejarme llevar, fundiéndome, presa de ese amor tan inseguro que se transformaba en miedo y dolor.

—Lléname —supliqué, volviendo a mirarme y a buscar mi boca. Caí contra la almohada y me aferré a su nuca—. Matt, por favor...

El trotar de sus pechos me volvió loco, se movían a nuestro compás. El momento no podía ser más apasionado e intenso. Duro.

—Senos tan perfectos y redondos, tan hechos para mí.

—Más Matt... Más... Más... —Salí, entré. Grité, casi supliqué cuando irrumpí por última vez en su ser—. Dios... Matt...

La llené de mi esencia mientras nos sacudíamos con incesantes espasmos. Entonces, algo que yo temía sucedió: sus manos me tocaron, su lengua me recorrió sin reparos y sus ojos no me abandonaron. Supe que memorizaba con tristeza la unión, mi piel. A mí.

—Nena, me destrozas.

Gisele calló y yo aullé, entendí que con cada roce su alma sangraba como la mía, en medio de ese silencioso adiós. La impotencia me consumió y susurré:

—Te despides.

—¡No! —grito y me incorporo.

Estoy sudando, tengo la frente, el cuello y el torso empapados por gruesas gotas de sudor. Miro al frente, topándome con la cruel realidad. Scott y Roxanne me observan angustiados desde la otra punta de la habitación.

—Así no la ayudas —me regaña mi hermana—. Ella se ha ido para que estés bien, no sigas siendo tan negativo, ¿quieres?

No les cuento de qué ha tratado esa especie de premonición.

—Venga, levántate que son las diez de la noche. —Y más suave, añade—: Tienes que tomar el medicamento...

—No podría olvidarlo —replico.

Me levanto y me meto en el baño, cerrando de un portazo. Trato de mirar hacia el futuro, de hacer frente a los problemas. A mí mismo. A los fantasmas del pasado.

Dos días después, creo que estoy consiguiendo mi objetivo. Adaptarme, enfrentándome a esta difícil situación. Sin negar lo evidente: que ella se ha ido, pero estamos en pleno proceso de recuperación.

Bajo a desayunar, con un pantalón largo y sin camisa, ya que está encendida la calefacción. Scott me guiña un ojo a modo de saludo. Me sitúo enfrente de él. Sé que tampoco lo está pasando bien, duerme poco al estar pendiente de mí y tener lejos a su hermana, «su pequeña», como él la llama.

—Tu hermana ha preparado el desayuno y se ha marchado —comenta y asiento. Roxanne y él son un gran equipo—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien. —Omito el detalle de la pesadilla—. Si tienes cosas que hacer, sal. Mi madre viene hacia aquí.

Me sirvo zumo de naranja recién exprimido y trato de reforzarme con una buena tostada, cubierta de mantequilla y mermelada.

—Gisele ha llamado —suelta. Furioso, le echo una mirada cargada de reproche—. No hemos querido despertarte.

Doy un sutil golpe en la mesa.

—Estoy harto, estoy cansado de tener normas e imposiciones para hablar con mi mujer. Absurdos horarios que van a acabar conmigo. ¿Nadie entiende que esto es peor!?

—Quería ver cómo estabas antes de que hablaras con ella. Gisele está hoy muy optimista y pretendo que estéis en la misma línea.

—Pues me lo dices y finjo —le espeto, tirando la tostada contra el plato—. Voy a llamarla.

Me bebo el zumo de un trago, me limpio con la servilleta y me levanto de la mesa. Decido subir y cubrirme el torso con un grueso jersey y, de regreso, me dirijo al jardín.

Vuelvo a estar nervioso al llamarla. No sé qué esperar, cada conexión es una nueva angustia, y en la llamada deposito esperanzas sobre su vuelta. Confiado de que no se tuerzan más las cosas ni se enfríen por su parte.

Dos pitidos, tres... ¿Por qué no me lo coge!?

Camino de un lado a otro, dando patadas al aire. Estoy muy agobiado, me altero si no está tan pendiente de mis llamadas como yo de las suyas. Casi no vivo esperándola.

Después de tres minutos de reloj, me devuelve la llamada.

—¿Matt?

—Sí. —Simulo tranquilidad, agonizando por dentro.

—Perdona, estaba en la ducha.

La imagino envuelta en el albornoz, con el pelo empapado.

Suspiro ruidosamente.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Es cierto que parece más animada.

—Mucho mejor —miento—. ¿Y tú?

—Compartir contigo las terapias me hace bien. —Oigo ruido de bolsas—. Ayer estabas guapísimo con corbata.

Me río.

—Y tú con ese vestido verde.

—¿Quieres saber qué estoy haciendo? —lanza juguetona.

Mi pulso se acelera frente a su alegría.

—Por favor.

—Tras el baño, estoy echada en la cama, con un libro a mi lado, escuchando música y comiendo patatas fritas, pero... —Se ríe a carcajadas. Yo me siento al borde de la mesa, cautivado por su tono de voz. Risueño, coqueto—. Desnuda, sin nada de ropa.

—Gisele... —la regaño.

—¿Hmm?

Resoplo.

—No me digas estas cosas, me enloqueces, lo sabes.

—Ajá...

—Eres perversa —me burlo. Con la mano en el bolsillo, me pongo a caminar por el jardín—.

Cuéntame más.

—¿Te das cuenta? No discutimos...

Me tenso, no me gusta nada el comentario. ¿Trata de decirme que estando lejos somos más estables? No me resulta agradable que piense así. Discutir con ella, con intensidad, me encanta, porque las reconciliaciones son igual de apasionadas.

—Matt —susurra con incomodidad—, ¿te apetece jugar?

Alzo una ceja, curioso.

—¿A qué, cariño?

—A las adivinanzas. Yo te cuento... tú me cuentas...

—Eres mi locura. —Empieza a llover y entro en casa. No veo a Scott cerca—. Pide y lo tendrás. No me cansaré de decírtelo.

—Hablemos de mi etapa como chica de servicio. Yo pregunto y si respondes bien, podrás ordenar... Si tú no aciertas, te quitas una prenda.

—Hecho —digo entusiasmado subiendo a la habitación, el único rincón que ahora me consuela—. Gísele... te amo muchísimo.

—Campbell... Y yo a ti. Ahora más que antes.

—Me relajas —musito—. Gracias por hacerlo más fácil.

La oigo tragar y enseguida entro en su juego. Lo que menos quiero es crisar este momento. Durante más de dos horas hacemos el tonto. Reímos, recordamos. Me pregunta, respondo y viceversa. Terminamos desnudos, calientes y sin culminar con un «final feliz».

Prefiero esperar a tenerla en mi cama, aunque me esté muriendo de ganas de pedirle barbaridades a través del teléfono.

La charla se alarga a pesar de los varios minutos callados, jadeantes por la contención a la que nos hemos sometido. Hasta nos contamos qué hemos comido.

Todo por estar juntos de alguna manera.

Al terminar de hablar con ella, sigo sonriendo... El camino es menos doloroso, ahora se vislumbra más llevadero.

Sé que podremos.

Oigo el sonido del ¿despertador? Trato de apagarlo de un manotazo, pero insiste. Caigo en la cuenta de que me están llamando y, casi cayéndome de la cama, respondo con una sonrisa.

—Hola —canturrea Gisele—. Me he adelantado, ¿eh? Scott dice que dormías.

—Buenos días, cariño.

—¡En pie!, nos vamos a correr.

—¿A correr? —pregunto, comprobando el tiempo. La lluvia ha dado paso al viento, con algunos tenues rayos de sol entre las nubes.

—Sí, Carlos dice que es bueno que te sigas manteniendo en forma. Te acompaño, ¿te parece?

—Me encantaría, dame unos minutos. No cuelgues.

—No, para algo tenemos tarifa plana.

No dejo de reírme mientras busco entre mis prendas un chándal gris que sé que a Gisele le encanta. Me peino frente al espejo del baño, hoy mi cabello está bastante rebelde y tengo que mojármelo. Me cepillo los dientes y vuelvo al dormitorio.

Me calzo las deportivas y, con el teléfono en la mano, le digo a Scott por señas que voy a salir. Asiente sonriendo, trabajando desde el ordenador portátil en la sala.

Ya en la cocina, me bebo un vaso de leche y me tomo las dos pastillas que me corresponden... He

dejado de verlas como si fueran mis enemigas. Cojo una mochila y echo dentro lo justo para cubrir mis necesidades al hacer deporte.

Me la cuelgo a la espalda.

—Nena, ya estoy en la calle. —Cojo las llaves y cierro—. Por cierto, no me has dicho cómo has amanecido hoy. Has irrumpido con mucha energía.

—Nada como un buen café y una llamada a mi señor Campbell —se regodea. Empiezo a correr, me cuesta, hace días que no practico ningún deporte—. ¿Cómo vamos? ¡Un, dos, un dos!

—No te oigo correr. —Entro en su juego.

—¿No?

Enseguida se oye cómo trota, el sonido de sus pisadas en un mismo lugar. No sé cómo lo hace, pero consigue que olvide la situación en la que estamos. Me hago a la idea de que está viajando por cuestiones de trabajo.

—¡Cuánta gente en la calle! —grita acelerada. Maldita sea, me encanta esta Gisele—. ¿Ponemos música?

—A ver...

Tenía el alma deshecha por dentro

Por un amor que me dejó seco.

Tardé en curar la herida que me hizo bajo mi pecho.

Estaba indefenso, pero llegaste tú lanzándome un beso.

Agitaste los sentidos de mi cuerpo.

Fundiste tus labios con la punta de todos mis dedos

Tómame de los pies a la cabeza.

Porque quiero ser la lava que derrama tu volcán de miel.

Bésame, tápame la boca, con tu boca porque quiero arder.

—Ohhhh, ohhhh, ohhh —tararea a pleno pulmón.

—Hoy estás muy feliz —comento asfixiado, confuso, dándome más caña—. ¿Puedo saber por qué?

—Porque he soñado contigo, porque poco a poco veo que vamos encontrando lo que perdimos... Porque te quiero, Matt.

Un soplo de vida me levanta otro poquito hoy. Sigo sonriendo, embobado por la gran mujer que tengo conmigo. Hay grandes avances en nuestra relación en escasos días.

—Yo no he dejado de soñar contigo desde que te fuiste —confieso.

—Lo sé... —Se apaga, aunque por poco tiempo y añade—: Hmm, ¿no serán sueños guarros?

—A veces...

—Esto se pone caliente —dice y dejo de oír cómo corre—. ¡A beber agua para enfriarnos!

«Ya lo necesito.»

Tengo el pene exaltado, durísimo, al recordar sus curvas femeninas. Encendido, hago una parada y me agacho, con las manos en las rodillas, recuperando el aire, ya que he perdido la práctica.

—Gisele, no me sueltes.

—Jamás.

«Ahora lo sé.»

Durante las siguientes tres semanas, en eso se basa mi vida. Con ella. De su mano. En ir a terapias en las que Gisele está presente a través de videoconferencias. Cada día me siento con más ánimo, me adapto al ácido valproico, a la quetiapina: son algunas de las pastillas que tomo.

Otra vez duermo y me alimento mejor, mi cuerpo no reacciona con tanto rechazo y los efectos secundarios han disminuido, casi desaparecido.

Pero, sobre todo, mi humor mejora, porque el tiempo se acorta y la vuelta de Gisele se acerca. Hablamos a diario, le permito que controle el tratamiento, que se involucre. Las conversaciones son menos serias, suele haber risas, alguna que otra broma subida de tono.

Aunque sigo hecho pedazos por no tenerla aquí.

Por otro lado, las pesadillas se han vuelto parte de mi vida, con una palabra que se repite en cada una de ellas: «*Quédate*». Gisele nunca me oye y termina marchándose para no volver.

A pesar de ese miedo, mi confianza en mi mujer se ha reforzado, ya que está cumpliendo su palabra de no abandonarme, incluso con la distancia que nos separa.

No es como mi madre biológica, jamás lo haría.

—¿Adónde vas, cielo? —me pregunta Karen, mi madre adoptiva.

Hoy toda mi familia está en casa.

—A terapia, Gisele ya me espera por la videoconferencia.

—Ayer hablé con ella, mándale besos.

Se aproxima y me pone bien el cuello de la camisa, la corbata.

—Estás muy guapo, hijo.

—Ya queda poco. —Le guiño un ojo, animado—. ¿Vamos, Scott?

—Sí, tu hermana dice que también viene.

Miro a ambos, en este mes han hecho muy buenas migas. Jamás lo hubiese creído: ella, la chica pija; él, el tío más campechano de la tierra. Totalmente incompatibles.

Noa, la mejor amiga de Gisele, sonrío a mi hermano mayor, su marido, ante la complicidad de Roxanne y Scott.

Mis ojos navegan por el vientre de Noa, que va creciendo. Me da cierta pena. No veo el momento de ser padre, de que Gisele me regale algo tan grande y maravilloso que nos una de por vida.

—Como queráis —digo finalmente.

Poco tiempo después estamos con Carlos, les pido que me esperen fuera. Cuando la puerta de la consulta se abre, él me pide que me siente.

—Qué me cuentas —empieza, con la libreta a su lado para anotar.

—Estoy mucho mejor, las cosas son más llevaderas.

—Hoy te enfrentas a una terapia complicada.

Cruzo los dedos debajo de mi mentón y asiento.

—A Gisele también la noto más entera —me dice, preocupándose. Se coloca recto, alertado por mi comportamiento—. ¿Qué piensas?

—¿A qué crees que se debe? —Me señala con el bolígrafo—. A veces los celos vienen para atormentarme. La imagino cerca de otro, sin poder hacer nada. —Trago saliva.

—Matt...

—Estoy muerto de celos —lo interrumpo—, aunque ella no lo sabe, por supuesto. —Y añado—: No quiero pensar cosas malas, maldita sea, pero es imposible.

—Lo estás haciendo muy bien —me elogia.

Más tranquilo, se vuelve a su izquierda y enciende el ordenador. Tras varios segundos de espera, la primera visión en la pantalla es Gisele sonriéndome. El corazón se me acelera, me inflama el alma y, sin importarme la presencia del médico, me pongo de rodillas.

Le acaricio la cara en la pantalla.

—¿Cómo estás? —pregunto. Va de marrón, ropa fina y larga, sé que con la intención de despistarme—. Estás preciosa, nena.

—Te extraño, me encanta tu corbata —ronronea y mueve el dedo índice. Me acerco—. Tengo algo que contarte —baja el tono—. Es muy importante.

Miro a Carlos por encima del hombro, estamos justo antes de empezar una nueva sesión en la que abordaremos el tema de mis padres biológicos, el reencuentro que tuvimos hace poco más de un mes, y adivino que Gisele intenta calmarme.

—Os dejo unos minutos —dice Carlos, riendo.

—¿Qué pasa? —le insisto a Gisele, cautivado al verla.

—Mañana, tú y yo solos haremos esto en casa, ¿te apetece?

Su pícaro sonrisa y su voz coqueta me arrancan una carcajada.

—Será un placer, señora Campbell.

—¿¡QUERÉIS iros!/? —Echo a Roxanne, a Scott y también a Noa y a Eric. Mis padres sonríen, empujándolos como yo—. Gisele me espera, joder. ¡Fuera!

—Venga, daremos una vuelta y cenamos contigo —dice mi padre.

Scott se parte de risa y se burla:

—A saber qué harán para que nos esté echando.

Termino riéndome con ellos y, como un quinceañero en su primera cita, subo corriendo la escalera. Es la primera vez que Gisele y yo estaremos solos, sin nadie. Me recuerda a cuando tuvimos nuestro encuentro sexual vía ordenador, siendo yo aún su jefe y ella mi empleada.

Esta noche he dormido muy bien gracias a su propuesta de ayer. Me he afeitado y me he arreglado como a Gisele le gusta, seré su señor Campbell.

Me siento en nuestra cama para que no olvide lo que le aguarda a su vuelta: no saldrá de ella. No hasta que sienta que ya no podemos más. Que hemos recuperado los días perdidos.

Cuando aparece en la pantalla, resplandece mi sonrisa.

No hay nadie más perfecta que ella y se lo hago saber.

—Eres mi locura, mi sensual diosa, esposa.

Curva los labios y, apasionada, se aleja y entra en la ducha. ¿Qué hace ahí? Sufro una convulsión. Está completamente desnuda. Reaparece mi Gisele, viva, alegre, la mujer de la que me enamoré.

Me pongo cardíaco, mañana hará un mes que no nos tocamos y es imposible no sentirme hambriento. Me ajusto el miembro.

—Supongo que me extrañas. —Se arrodilla. Mi erección aumenta. Me quedo impactado con su sorpresa—. Quiero complacerte en lo que me pidas, no saciarte, lo sé.

Sólo puedo gruñir, sonreír, amarla. Estoy tan caliente que creo que voy a estallar. Estiro el brazo, fantaseando con que la estoy acariciando.

—Te necesito tanto... —susurro—. Te amo más que nunca. Porque, aunque duele, estás cada día. No me abandonas... Es complicado hacerte pasar por todo esto, pero sé que nos está consolidando.

Desde ese momento se mueve con posturas eróticas, tocándose, pidiendo que me toque. Volvemos a caer en este juego, morboso y diferente, calentándonos frente a una pantalla. Nos entregamos en medio de confesiones y una de Gisele me impacienta.

—Quiero verte gozar, pronto estaré en casa y quiero que recuerdes cómo nos hemos amado igualmente, sin importar nada.

La complicidad entre nosotros aumenta, la pasión nos desborda. La intensidad nos sigue consumiendo, enfrentándonos a esta lejanía.

Me sonrío, está preciosa, alegre.

La necesito, me va a explotar el pecho de lo mucho que la amo.

Al acabar, estamos eufóricos, satisfechos, no saciados. Nos hemos corrido juntos, desesperados. Una vez más, la intensidad se manifiesta entre nosotros con la pasión.

—Matt... salgo en el primer vuelo disponible de mañana, no puedo más —dice de pronto, ilusionada—. Te quiero abrazar y que me mimes, quiero que tus brazos me rodeen cada noche. Te añoro mucho...

Mi mundo vuelve a cobrar sentido, la vista se me nubla.

Aguanto el tipo, pues no quiero romperme. Lo haré cuando la tenga entre mis brazos, sin permitirle que vuelva a escapar.

Gisele se ríe a carcajadas, contagiándome su felicidad. Me muevo hacia un lado para coger el pantalón e intentar dejar a un lado la conmoción. Al incorporarme, algo cambia. Hay un momento en que esa sonrisa se desvanece, preocupándome, y musita:

—Mañana te llamo... Te quiero.

La conexión se corta tras yo bromear. Me quedo extrañado por su acelerada despedida, pero decido no darle más importancia de la que tiene. Mañana estará aquí y tengo mucho trabajo por delante.

Inspiro, temblando.

«No puedo creerlo.»

Entro en la ducha y vuelvo a recordar lo increíble que ha sido lo que hemos vivido hace unos segundos. Sin querer, estoy tocándome solo, pensando en ella. Regalándole cada sucio pensamiento, cada desgarrador suspiro.

Es extraño entre nosotros no tocarnos en días y la situación ha durado semanas. Después de lo que ha sucedido, si hubieran pasado más días sin que volviera, estaría recorriendo el mundo hasta encontrarla y estrecharla.

—Dios... —gimo y me vacío, con la cabeza echada hacia atrás.

Me convulsiono durante unos minutos, casi gritando, sin contenerme. Es a ella a quien tengo en mi mente mientras culmino el momento.

Me quedo pensativo, en estado de shock. Cuando salgo, soy otro hombre, que irradia felicidad por cada poro de su piel.

Le mando un mensaje a Scott pidiéndole que venga lo antes posible. No recibo contestación. Hoy preparo las pastillas que he de tomar con otra clase de pensamientos, más positivos aún.

No sé ni por dónde empezar. Cojo el teléfono para encargarme flores, pero un número desconocido se refleja en la pantalla.

—¿Sí? —pregunto, buscando las llaves del coche que nos regalaron y que Gisele querrá ver al llegar. Está sin estrenar, para ella.

—Soy Amanda...

«¡Putamierda!»

—Ni se te ocurra joderme —la amenazo, sin controlar mis emociones. No hay tregua esta vez—. Mi vida está cambiando, te deseé todo lo mejor, pero te quiero lejos de mí.

—¿Cómo estás?

—¿Me estás oyendo? Amanda, estoy recuperando a mi mujer. No quiero ser brusco, pero déjalo estar.

—Algún día podrías necesitarme y para ti estaré siempre.

Se me cae un cajón lleno de objetos por los nervios. Me maldigo, valorando si cortar la llamada sin más explicaciones. Sin embargo, en el fondo no soy tan frío. Sé que ella ha sufrido mucho.

—En ese caso, te llamaré —le hago creer—. Adiós.

Cuelgo el teléfono y recojo las cosas del suelo. Al levantarme, me encuentro con los golpes que hay en la pared. Míos, me cuesta verlos cada vez que abro los ojos al despertar.

Tendría que avergonzarme por haber permitido que mi puño se soltara durante las noches... pero lo hago en pleno sueño, inconsciente, atontado por las pastillas. También agobiado por las pesadillas y, sobre todo, al tantear la cama y sentirla vacía.

Sin el calor de Gisele fundido en el mío.

«No soy el responsable», me digo, recordando las palabras de Carlos. Además, ya hace unos días que no lo he vuelto a hacer.

—¿Qué pasa? —dice Scott. Me sobresalto con su irrupción. El resto de mi familia lo acompaña. Son una piña—. Pero bueno... esa cara es la de un hombre feliz.

«Será capullo.»

—Vuelve mañana —anuncio sobrecitado. Eufórico—. Quiero a todo el mundo trabajando, flores, el

perro. Necesito prepararle una inolvidable velada de San Valentín, ¿me habéis oído?

—¡Qué buena noticia! —grita Roxanne, mirando de reojo a Scott.

Noa señala con la mirada la pared.

—No he querido preocuparla —le explico—. En cuanto llegue, le contaré en qué condiciones ha sucedido, que no le he fallado.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —Karen cambia de tema—. Esto hay que celebrarlo. ¡Que todo quede perfecto!

—Quiero rosas rojas, la casa preparada como la noche de bodas. Cubrid el jardín, allí quiero que esté cada detalle, la cama. Encargad una cena para que esté lista sobre las nueve. —Y les pido, o más bien exijo—: Sé que tenéis muchas ganas de verla, pero os agradecería que mañana nos dejéis solos.

—Claro —contestan al unísono.

Tengo tantas ideas. Velas, ya que de pronto se me ocurre que no pueden faltar. Será el día más especial que vivamos juntos, porque ya no habrá más separaciones.

Empezaremos de cero.

—Iré un momento a la empresa de paso que voy a comprar algunas cosas personalmente, estaré de vuelta enseguida —les aviso, sonriente. Todavía sigo impactado por la noticia—. He de decirle a Denis que estaré más tiempo ausente aún, ya que quiero regalarle a Gisele un viaje y perdernos un poco.

Roxanne carraspea y deja caer:

—De todas formas, todavía no era prudente volver al trabajo. Recuerda el consejo de Carlos.

—Sé lo que tengo que hacer. Ahora que mi mujer vuelve, no voy a destruirla de nuevo —advierto, cansado de la puta enfermedad.

Mientras camino con Denis, mi necesidad de fundir la tarjeta de crédito me alarma. Son signos de debilidad que denotan un nuevo episodio de bipolaridad.

Pero no se lo explico hasta que encuentro lo que busco.

—¿Tendría dos? —le pido a la dependienta.

—Claro que sí, ¿se las pongo?

—Sí, dese prisa, por favor.

Son dos velas anaranjadas con forma de corazón, en un recipiente de cristal transparente. Quiero que sea un símbolo nuestro, que las dos llamas estén encendidas como lo seguimos estando nosotros.

Las manos empiezan a escocerme, la ansiedad de querer malgastar dinero me asusta. Es el síntoma de una nueva crisis y, aterrizado ante la posibilidad de cagarla de esta manera, se lo cuento a Denis.

Salimos de inmediato y nos detenemos en una cafetería próxima, en pleno centro de Marbella.

—No sabes cuánto me alegro de que vuelva —comenta él y pide dos Coca-Colas. No debo beber alcohol—. Yo en la oficina lo tengo todo controlado.

—Lo sé. —Miro el teléfono, que acabo de encender. Hay tres llamadas perdidas. Mierda—. Denis, Amanda me ha llamado.

—Matt...

—Mañana, en cuanto Gisele llegue se lo contaré, no quiero secretos. —Sonrío melancólico—. Hoy estaba preciosa, era ella, Denis. Sonriente, tierna. ¿Cómo podría no valorarla ahora?

—Quizá pronto te haga padre.

—La convenceré —bromeo.

—A por ello.

Brindamos con los vasos. No quepo en mí de alegría. Estoy exaltado, pero no como me sucedía antes, sin control, ahora en el buen sentido.

—Sabes que me muero por ella, con ese error caí en las redes de Amanda. Ella quería ser madre y yo ya no sabía cómo suplicarle a Gisele para convencerla de que tuviéramos un hijo...

«Por no hablar de las trampas que le puse», me callo.

—Tenéis tiempo.

—Ahora nos sobra. —Me pellizco la nariz—. Dile a Diego que Gisele regresa, por si quiere ofrecerle algún reportaje... —Denis abre los ojos como platos—. Sólo quiero hacerla feliz, apoyarla en su carrera.

—Tu cambio impresiona.

Si supiera lo duro que está siendo, lo que estoy sufriendo para estabilizarme, para controlar los cambios de humor. Las pastillas no son mágicas y para que funcionen se requiere un proceso de aprendizaje en las terapias, por eso no dejo de acudir a Carlos dos veces por semana.

Más adelante será cada semana o cada quince días, pero ahora mismo estoy muy vulnerable y no debo bajar la guardia. Cualquier suceso que me impacte podría derrotarme.

—Me queda mucho aún —murmuro—, estoy retomando, pero con las cosas claras.

—Me alegro.

—Bueno, me voy, que he de prepararle a Gisele una bienvenida como se merece. No se arrepentirá de haber vuelto.

Los dos nos reímos.

—Te acompaño a tu casa —dice, mientras paga la cuenta. Alejándome de la tentación. Se lo agradezco en silencio—. Habrá que colaborar con la sorpresa a la señora.

Ya en casa, seguimos festejando la novedad del día siguiente. Cuento las putas horas, que pasan lentamente. Estoy muy cansado, se me cierran los ojos, y cuando Karen lo nota, me pide que los deje seguir a ellos.

Me niego, porque es tan especial para mí volver a verla que no quiero que nada salga mal. Estoy dispuesto a involucrarme hasta en el último detalle que mañana, a estas horas, estaremos disfrutando los dos solos.

—No puedo creerlo —repito una y otra vez, radiante.

Cuando por fin puedo irme a la cama, no tardo en dormirme. La pesadilla se repite, hoy es peor. Mi súplica se vuelve agónica con la palabra: «*Quédate*».

—Basta —imploro, moviéndome en la cama—. ¡Basta!

—¿¡Qué pasa...!?! —Hoy es Roxanne la que se encarga de ahuyentar los miedos que me presionan cada noche—. Duerme, Matt.

«Es lo que quiero.»

Con el amanecer, dejo atrás el maldito espejismo que se empeña en acosarme. Soñoliento, cojo el móvil, que está sonando. La cama está muy desordenada, parece que hayamos dormido cuatro o cinco personas en ella.

Sonrío, serán las ganas de darle duro a mi descarada esposa.

—Matt... ayer me precipité. Necesito un poco más de tiempo. Me siento bien aquí, me gusta esto.

DOY vueltas por la habitación con las manos en la cabeza, a punto de destrozar cada rincón del Refugio. Mi mente me dice que adelante, mi corazón grita prudencia. Hiperventilo, sin aire.

No sé qué está pasando, la estoy perdiendo. Tras la angustiada conversación, le he colgado sin entender su actitud, sus palabras. Ha dado marcha atrás, se niega a volver hoy, como había prometido.

—¡No tiene las cosas claras! —le grito a su hermano, que está descompuesto—. ¿Acaso está jugando conmigo? ¡Ayer me promete volver, le trato de dar el cielo y, sin más...!

—Tiene que haber un motivo —insiste él.

—No me la creo, me habla de espacio, de inmadurez. ¡Que se ha sentido utilizada! ¿¡A qué coño viene esto!? —Me tapo la cara sin saber cómo actuar. Estoy roto por dentro—. No está preparada... ¿Qué más quiere de mí, Scott? ¿¡Qué!? Si se lo estoy dando todo.

—Volverá, te lo ha dicho.

—Pero ¿¡cuándo!? —Levanto la mirada, presionándome los ojos—. Me pide que luce, ¿¡en qué sentido!? Más no puedo hacer, ¡estoy siguiendo sus pautas!

—Voy a llamarla.

Enfadado, me arranca el teléfono. Serio y pálido, se queda callado esperando una respuesta que no llega.

No pierdo la esperanza, Gisele me ha pedido tiempo, ha insistido en que va a volver, pero casi cortando la comunicación que hasta ahora hemos tenido.

Esto es un palo enorme, decepcionante.

Jamás hubiese esperado una conversación tan tensa, tan llena de reproches justo hoy. Ha destrozado mis ilusiones, las que ella misma creó durante el encuentro sexual. ¡No quiero creerlo!

—No responde —maldice Scott en voz baja.

—¿Qué está pasando? —La pregunta es más para mí mismo que para él—. Alguien le está comiendo la cabeza, Scott, ¿son excusas porque ha dejado de quererme!

—Escúchate, Matt. —Me aprieto la sien, intento recapacitar—. ¿La crees capaz de jugar de esta forma contigo? Mi pequeña daría su vida por ti. Tranquilízate, vamos a averiguar por qué pospone la vuelta.

El aire me abandona, me estoy asfixiando y Scott, que se da cuenta, corre a mi lado. Abre la ventana y me ayuda a recuperarme de este principio de ataque de ansiedad.

Siento que si Gisele me deja voy a perder la cabeza, no dudo que me volveré loco. Sin ella no soy nada ni nadie. Es la única persona que ha sabido quererme tal como era, con mis virtudes, mis defectos y mis problemas.

Me levantó cuando estaba hundido en la miseria. He sido posesivo, a veces destructivo, pero por los miedos que me aplastaban a que fuera como todas. ¿Cómo he pensado tan mal de mi mujer? «Se ha agobiado» me digo. Tiene que haber una solución.

«Recapacita.»

He llegado a una conclusión rápida, confusa. Voy a darle tiempo, todo el que quiera, pero que me lo pida. Que me hable. Que me dé razones y me calme.

—Scott —susurro, estático, mirando al vacío—. ¿Y si le ha pasado algo? ¿¡Y si la están obligando a dejarme!?

Me sirve un vaso de agua, alterado.

—Matt... —intenta advertirme.

—¡No! ¿La oíste ayer? ¡Por Dios, Scott, era feliz!

—Ya... pero no te engañes, ha sido clara. —Baja la voz.

Me bebo el agua que me da y me quemla la garganta por lo seca que la tengo. Me atraganto, ni siquiera

el líquido me entra. No entiendo por qué Gisele está actuando de esta forma, no ha dejado de animarme, de buscar un entretenimiento diario.

—¿Qué hago? —digo, soltando el vaso y dando pequeños golpes con mi puño izquierdo en la palma derecha—. ¿¡Qué hago!?

—Tranquilo, Matt, ella está bien... Es su decisión.

—¡No la acepto!

—Habla con ella. —La decepción también se hace presente en sus facciones—. No puede ser, ¿de acuerdo?

—¡Lo sé...!

Triste y lloroso, vuelvo a llamarla.

—NO me da una respuesta —le cuento a Scott—. Ha contestado la llamada sin hablar. Estaré aquí, estaré aquí... —consigo decir, angustiado—. La esperaré, tiene que volver.

—Matt, la buscaremos, si hay que llegar a ese extremo.

—Lloraba, Scott, ¡lloraba destrozada! —Lo miro, tan dolido como la he oído a ella—. Si se siente así, ¿por qué no regresa?

—Yo tampoco lo entiendo.

¿Y si...? Dejo vagar la vista por la casa, respirando a duras penas.

—¿¡Dónde está Álvaro!?! —grito, descomponiéndome a medida que mi cabeza se monta películas—. Habla con tus padres, Scott, ¡dime que no están cerca!

Scott no es capaz de pronunciar palabra. Como los mejores amigos que somos, nos miramos a los ojos. En los suyos existen las mismas dudas que en los míos. Hay pánico, incertidumbre.

—Dime la verdad, Scott. —Rompo a llorar como un niño pequeño—. Me destroza la vida si no vuelve.

—Vamos a esperar. Iré a Lugo, hablaré con mis padres. Olvida lo de Álvaro, ya no existe nada entre ellos.

—No puedo, no puedo, ¡no puedo! —repito sin cesar. Los escalofríos me asaltan. Me dejo caer en el suelo, resbalando la espalda por la pared—. Localízala, no quiero presionarla... Me estoy muriendo.

—Llama a tu familia —murmura, arrodillándose a mis pies—. Explícales. Saldré mañana por la mañana. Vamos a dejarla que piense bien las cosas durante el día de hoy.

—¿Qué ha pasado? —No dejo de preguntarme—. Ayer ella reía, ayer compartimos momentos inolvidables. ¿¡Qué le están haciendo!?

Noto una opresión en el pecho, un sabor tan amargo en el paladar que me cuesta tragar. Veo un poco borroso, la imagen de Scott se difumina al enfocarlo. Tras unos angustiosos segundos, recupero la visión.

—Matt, me duele decirte esto, pero me temo que no hay nadie que le esté influyendo. Ha dicho que no estaba preparada.

—¿¡Entonces!?

—Es algo suyo... Estoy tan confuso como tú.

—Déjame solo, por favor. No quiero ver a nadie.

Me incorporo, tambaleándome. Mi cuerpo es puro plomo, mi mente un laberinto en el que no hallo una salida. Me niego a creer que no haya sido sincera, que me haya estado engañando.

Sus ojos, que conozco tan bien, desprendían felicidad. Es cierto que se le empañaron al terminar la conexión. Mientras subo al dormitorio, rememoro lo sucedido, necesitando localizar el detonante de su decisión. No encuentro nada, no sé si es que no lo hay o que yo sigo estando ciego...

Me lanzo en la cama y ahí desgarró la ropa que llevo puesta. Me tomo una pastilla para dormir, deseando despertar y que todo quede en una mala pesadilla.

Me despierto alterado y recorro con la mirada la habitación. Estoy a oscuras, las luces están apagadas y fuera ya es de noche. Me levanto de la cama y salgo como una bala hacia abajo, adormilado como estoy, me tropiezo en el penúltimo escalón, pero consigo estabilizarme.

Voy en bóxers, fuera llueve, pero ni siquiera me importa.

Mis padres, que están solos y cuchicheando, se me quedan mirando. Se los ve apenados, no saben qué decirme. Sé que no hay consuelo para este dolor que me está desgarrando el corazón.

—¿No ha llamado? —pregunto con voz pastosa.

—No... —contesta mi padre—, tampoco responde a las llamadas.

—¿Tienes hambre, cielo? —pregunta mi madre.

Le digo que no.

Siento un pesar en el alma y me escuecen los ojos, que tengo hinchados de tanto como me he desahogado justo antes de dormir. Hoy la pesadilla me ha dado una tregua y temo que el motivo sea que se ha convertido en realidad.

—Estaré fuera —les comunico—. No me molestéis, por favor.

—Hijo...

—¡Ahora no, papá! —lo interrumpo y salgo al jardín.

Hoy está cubierto, como en nuestra primera noche juntos, tras darnos el sí. La mesa preparada, sólo falta la cena, que nunca se servirá. Los pétalos dibujan un camino y, sobre el cristal, las dos velas que ayer compré.

Apago la luz, dejando un ambiente íntimo.

Sin hacerme a la idea de que esto esté sucediendo, enciendo la música y prendo las velas. Como lo hubiese hecho de estar Gisele aquí. Hay una foto de los dos, besándonos. El reflejo de lo que quiero que sigamos siendo.

Fue el día de su veinticinco cumpleaños, que celebramos aquí mismo por todo lo alto, solos, antes de que se desatara la locura en mí.

Suelto un gruñido al cielo, desgarrado.

—Vuelve... —suplico, acariciando en la imagen su pelo, su cara—. ¿Dónde estás? Por favor, cariño, vuelve a casa.

Oigo su voz, aunque no está,

sigo tratando de aceptar que me falta el ruido.

Sus pasos por la casa siempre ruido.

Su risa recorriendo los pasillos.

La vida se me antoja eterna,

no me siento capaz de ser feliz si ella no está.

Si me falta el ruido.

Si falta ruido.

Dondequiera que estés.

Cierro los ojos, apretando los párpados. Trato de buscarla, de oír su voz. Pero ya no queda nada de la Gisele Stone que amo, su cobardía se ha negado a darme más explicaciones.

Al mirar hacia la mesa, empiezan a temblarme los dedos.

Una de las llamas de las velas, la que está próxima a la imagen de Gisele, se apaga. La que en teoría es mía, se aviva aún con más impulso. Lleno de malas vibraciones, vuelvo a encenderla...

Una repentina ráfaga de aire se cuele en este espacio cerrado... La vela no es capaz de resistir dos segundos, cuando la oscuridad se cierne sobre el apagado corazón. No quiero pensar, ¡me niego a creer que la llama del amor de Gisele por mí se haya extinguido!

—Ayer me quería —susurro—. ¡Me lo juró!

Con manos flácidas, cojo el teléfono de casa, que está sobre la mesa, y marco... Lo tiene encendido, pero los intentos que hago son fallidos. No obtengo nada por su parte. Ni una palabra de aliento, de arrepentimiento o de esperanza.

—¡Hijo! —Oigo a mi madre justo antes de estampar un vaso contra la radio—. Matt, por favor.

—¡Dile que vuelva!

—Llama a Carlos —le pide mi padre a mi madre—. Rápido.

Levanto las manos y caigo de rodillas sobre el césped.

—¡No voy a dejar el tratamiento...! No recaeré esta vez —me convenzo—. Porque Gisele va a volver y no voy a defraudarla —balbuceo entre lágrimas—. No me haría esto, ¡me ama!

—Lo sabemos —murmura mi padre, tratando de levantarme. He perdido la fuerza—. Esperemos noticias de Scott.

—Decía que había perdido la calma —recuerdo en voz alta, atormentado, meciéndome hacia delante y hacia atrás—. Que se la he robado. ¿Por qué ahora? ¿¡Por qué!?

—Confía en su palabra...

Transcurre una semana más. Me han aumentado la dosis para conciliar el sueño, ya no duermo si no es con pastillas. Estoy como drogado, no sé qué está sucediendo más allá de mi habitación.

Acepto el tratamiento para que los días sigan pasando y acabe este dolor que, con cada segundo, abre una brecha más profunda en mi pecho, un dolor que ya no aguanto.

Es demasiado, me está partiendo en dos.

—¿Scott? —pregunto entre sueños. Creo ver su silueta, hace una semana que se fue a Lugo buscando noticias—. ¿Y Gisele? Dime que la traes de vuelta, he dejado de creer en todo... La necesito, por favor.

Se aclara la voz y murmura:

—No consigo localizar a mis padres, me consta que Gisele les ha pedido ayuda, pero piden tiempo. Ella está muy tocada sentimentalmente.

El perro de Gisele ladra ... Lo arropo con la sábana y susurro:

—Pero ¿por qué? —Me incorporo, siento mareos. A su lado, Roxanne llora, acariciándome el pie—.

¿Qué he hecho esta vez?

—No lo sé —admite.

—Dile que si me he equivocado en algo, que me perdone. —Oigo otro llanto, que se suma a mi voz ronca. Mi madre y Noa lloran juntas en la puerta—. No me engañéis, por favor.

—No sabemos nada —consigue decir Noa—. De un día a otro he perdido a mi amiga y a ti te veo tan mal... Ya no sabemos qué hacer.

—Llamad a Carlos. —La ansiedad regresa, es eterna. Se ha instalado conmigo—. No tengo fuerzas y necesito levantarme... Buscarla.

Mi hermano Eric apoya las manos en los hombros de su mujer.

—Que le vuelvan a regular las pastillas —dice con una amarga mueca—. No puede seguir así. Debe levantarse. Esto no es sano. Que la busque y ella dé la cara.

Scott baja la mirada, aunque es su hermana de la que hablan, él opina igual... Y yo vuelvo a caer en un profundo sueño en el que una noche o un día más, le pido que se quede.

HE perdido la noción del tiempo.

A estas alturas todos están esperando que abandone el tratamiento, que pierda la razón. Y es cierto, a veces flaqueo.

Pero me mantengo constante en ese pensamiento. No caer es mi objetivo, me estoy volviendo más flexible que nunca en cuanto a Gisele, permitiéndole que haga lo que quiera, comiéndome mis celos... ya que continúa sin dar señales de vida.

Ya son demasiados días. Miro el colgante del medio corazón que me regaló en las Navidades y estoy a punto de arrancármelo de un tirón. Me hago muchas preguntas que siguen sin tener respuestas.

Me siento muy solo, incluso rodeado de gente.

Mi imagen en el espejo es la de un hombre que ha perdido la ilusión, sin vida en los ojos. Ya no distingo el verde que antes brillaba, porque ella no está. Sigo persiguiendo la idea de que vuelva, para poder seguir y mantenerme de pie. Estoy hecho una auténtica mierda.

Abro el armario, lleno con la ropa de ambos. La nostalgia me visita con frecuencia, hoy tampoco desiste de estar aquí. Mi mundo se está derrumbando, no consigo remontar.

—Matt. —Sin hablar, miro a mi hermana—. ¿Qué vas a hacer? Hoy te vemos más consciente y nos preocupa.

—Me voy, Roxanne.

—¿Qué? —Corre a mi lado y ve las maletas.

—Voy a buscarla, no me resigno a perderla. Es un dolor tan grande el que tengo por su ausencia, que son como puñales por todo el cuerpo y no aguanto más.

—Ya no sé qué pensar...

—No hables mal de ella —le ordeno y miro al frente. Rozo uno de sus jerséis. Su camisón de dormir. Hundo la nariz en la tela, reconociendo su aroma. Gruño, contenido—. Siempre he sabido que no era suficiente para Gisele.

—No digas eso.

Hundo los dedos en otra de sus ropas, la aplasto. Me refugio en lo que me queda de mi mujer. Esta situación es como estar en medio de un desierto sin agua. Se me va la vida.

—¿Puedo pasar? —Es Scott. Asiento, sin permitir que los sentimientos afloren—. Déjame a solas con tu hermano, por favor.

Roxanne cruza la habitación y Scott se sienta en la cama, me pide que tome asiento a su lado. Con el camisón de Gisele en la mano, me acomodo a su izquierda. También está agotado, tiene muy marcadas las ojeras, que antes no existían en su rostro.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—¿Vamos?

—Voy contigo. —Me muerdo el labio y aprieto la mandíbula—. Te estás haciendo demasiado daño.

No sé qué decir. Y sí, me estoy destruyendo.

—Gracias, Scott.

—No seas idiota. —Me empuja, quitándole hierro al asunto. No quiere emocionarse y saca su coraza. Yo la mía, parpadeando repetidas veces—. Hagamos una cosa, insistamos hoy y si mañana no nos ha contestado, iremos a Lugo, a Madrid... Donde quieras.

Gimo, asintiendo. Otro plazo.

—Dame el teléfono. —Scott lo saca del bolsillo y lo deposita en la palma de mi mano, que está morada de apretar la tela.

—Te dejo solo.

Espero que salga y, decaído, dominando las emociones, lo vuelvo a intentar. El frío contestador es quien hoy me responde. Ya no sé ni cuántos mensajes le he mandando, mucho menos las llamadas que le he hecho, y opto por esta vía.

Jugar las últimas cartas antes de buscarla.

—Cariño... —susurro tembloroso—, supongo que no estás leyendo mis mensajes, de lo contrario estarías aquí. Estoy muy mal, te echo tanto de menos que prefiero morir a seguir así. Nena —imploro con voz quebrada.

Barajo la posibilidad de que me escuche y tome el primer vuelo. Que me abrace y olvidemos esto. Sé que es difícil... pero al menos podría acabar con esta maldita congoja.

—No sé qué está pasando —retomo, cada vez con menos voz—. Vuelve, prometo no hacer preguntas, pero ven a casa... Ya no sé qué hacer. No sabes lo duro que es despertar y que tú no estés, que no me respondas... Cariño, por favor, no puedo más.

Mis heridas empiezan a sangrar por dentro.

—Te amaré siempre, Gisele, sé que estás con tus padres, no te lo reprocho, sólo dime qué he hecho mal. Estoy perdido, mi vida. Si necesitas más tiempo, sólo pídemelo, te lo daré, pero no me prives de ti. ¿Quieres que vaya a buscarte?

»Si necesitas verme para recordar lo que te hago sentir, háblame e iré donde me pidas. Mi vida está vacía, no hay nada que me mantenga en pie. Quiéreme como antes, por favor. No me dejes así.

Me tiro del cabello, observándome a mí mismo en el espejo. Soy casi otro, no me reconozco. He perdido peso, demacrado. Me tiemblan tanto las manos que el teléfono no se fija en mi oído.

—Estoy rozando la locura —continúo, abriéndole mi alma—. La casa está intacta, todo está preparado para cuando vengas. *Tomy... Tomy...* —No soy capaz de seguir—. Llámame, por favor. Acaba con esta eterna agonía que ya no es soportable.

Me rindo y lanzo el teléfono contra el espejo, el cristal salta por los aires. Si me corto no lo siento, no duelen las heridas que no sean causadas por Gisele Campbell Stone.

—¡¡¡Vuelve!!!

—Matt, Matt —me susurraban. Me tapé los oídos—. Mírame.

—¿Nena?

Me incorporé y los ojos de Gisele se clavaron en los míos. Mi primer impulso fue arrastrarla conmigo a la cama, pero ella negaba con la cabeza. ¿Reía?

—Hola, mi vida.

—Nena, por Dios, abrázame.

Me abalancé y la tiré al suelo, sujetándole las manos por encima de la cabeza. Intenté besarla, pero Gisele giró la cara. Mi cuerpo se bloqueó. Esta vez fue ella quien tomó la iniciativa, me besó. Su boca se amoldó a la mía. Grité, gruñí, reconociendo su sabor.

—Mi Matt —susurraba—, mi Matt.

—No me dejes, te quiero demasiado.

—Déjame ser tu Gisele...

Incrédulo, me retiré, dejándola en libertad. Una sonrisa pícaro apareció en sus labios. Entrecerré los ojos, sopesando su comportamiento. ¿No estaba emocionada como yo?

Era deseo lo que percibía en su mirada, no amor.

—Quiero sorprenderte una vez más —enumeró con el dedo—. Ven aquí, Campbell.

—¿Qué me estás haciendo?

—Volver...

—Te necesito. —Abrió los brazos y, sin pensar nada, corrí hacia ellos. La aplasté contra mi cuerpo, le besé el cabello. Lloré contra los mechones de su pelo—. Estás aquí.

—Tómame, Matt... demuéstrame lo contrario de lo que...

Me besó los labios, me mordió y luego me soltó. Abrió el cajón y cogió el consolador que compramos y que estaba ahí. Sonrió y, contoneándose, empezó a desnudarse.

Mi respiración aumentó de ritmo, me tensé de pies a cabeza.

No se detuvo, se quedó completamente desnuda. Debajo no llevaba ropa interior. Se tocó el pezón y se pasó el vibrador por allí. Sentí que temblaba, la visión era impactante.

Siempre había sido una descarada, pero hoy me sorprendía.

—Mírame —pidió y se metió el consolador, apoyando un pie sobre la cama. Gimió, levantando una mano para que no me acercara—. Espera... aún no...

Me di cuenta de que ya no la conocía. No parecía feliz, no disfrutaba con lo que estaba haciendo.

—Gisele, basta.

—Quiero complacerte... satisfacerte.

Abrió la boca haciendo un puchero, cerró los ojos y siguió con las penetraciones, forzándose. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se obligaba a sentir? Creí que en cualquier momento se echaría a llorar. Había amargura y no placer en su semblante.

No daba crédito a su forma de actuar, ¿por qué no me dejaba tocarla? ¿Qué pretendía? Estallando, fui y le quité el puto cacharro.

Tragó, mirándome a los ojos. Algo se rompió.

—¿Qué está pasando contigo? —le reproché duramente—. Deja de jugar, me estás lastimando al sentirte tan lejos.

—Matt. —Se sentó sobre la cama, llevándose las manos a la cabeza y negando sin cesar—. Ya... Ya no siento lo mismo...

—¡No! ¿Quién eres?

—Te he dejado de querer. —Lloraba—. Lo siento, ¡lo siento!

—Mentira, ¡mentira!

Se enfrentó a mi ira, con las lágrimas cayendo sin compasión por su bello y pálido rostro. Me abracé a sus piernas, apoyando la cabeza en ellas. Llorando.

—Lejos lo he entendido... —Me acariciaba el pelo llena de agonía. Deseaba quererme, yo lo sentía, y le dolía no poder hacerlo—. Quería intentarlo, sorprenderte... Comportarme como antes, satisfacerte... Pero ya no puedo...

—Gisele —imploré, levantando una mano. Negaba cerrando los ojos, de los que caían las dolorosas lágrimas—. Nena, por favor, no vuelvas a irte... *Quédate*.

ABRO los ojos, arropado por unos cálidos brazos que me mecen como cuando era un niño. Tengo el rostro empapado, las lágrimas corren angustiosamente por mi cara mojando el pecho de la mujer que me dice que me tranquilice.

Y no es ella, ¡sé que no es ella!

—Matt, por favor —me pide. Es Karen, mi madre—. Me duele mucho verte así, te tienes que cuidar.

—¡La odio!

—No digas esas cosas.

A veces los sueños son premonitorios, se convierten en realidad... Aunque no sean positivos. Es lo único que puedo pensar, me está sucediendo.

—Me muestra en sueños lo que no hace con las llamadas, a las que no responde. Ha desaparecido, ¿no te das cuenta? ¡No hay otra explicación! Me complació por pena... ¡Intentó venir y no lo sentía!

—Cielo... —Me acaricia el pelo.

—¡Se ha dado cuenta estando lejos! —grito contra su pecho.

Me siento como si lo hubiera perdido todo. Un día se entregó, diciéndome cuánto me quería y al siguiente vinieron los reproches con aquella llamada, cuando había prometido volver.

Aunque me duele, he de asumir que Gisele ya... ¡No!

Me levanto e intento arremeter contra todo lo que hay sobre el escritorio, pero Scott y mi padre, que están ahí, me sujetan por detrás. Soy una bestia, luchando, peleando por destrozarse la casa.

—¡No me quiere! ¡Me ha olvidado! —Me cruje el cuerpo y clamo—: ¡No me ama! ¡Fingía por mí, para no hacerme daño! ¡Lo intentaba! Lo intentó en aquel encuentro...

—Matt, ya —me regaña mi padre.

—Por favor, por favor, que alguien me despierte. Que me la devuelvan. Si ha cometido un error... ¡la perdonaré! —lloro entre lamentos. Se me desangra el alma, mortificado por los celos—. ¡Por favor!

Mi hermana Roxanne entra descompuesta. Al verme gruñe herida, sacando su instinto de protección hacia mí.

Sin pensarlo, señala a Scott y le grita:

—¡No pienso tolerárselo más!

La veo con el teléfono en la mano. De pronto, la habitación se queda congelada a la espera de la respuesta de Gisele. No sé por qué, creo que ha llegado el día en que ella dé la cara. Hace un mes y medio que se fue, más de dos semanas desde que se ha esfumado.

—Gis, ¿qué demonios está pasando...?

No oigo qué más dice, porque sale escopetada de la habitación y yo sólo quiero escuchar a Gisele. Mi madre, delante de mí y agarrándome la cara con las manos, me acaricia. Esta maldita realidad no tiene final.

—Deja que hablen... Dale una pequeña tregua.

—¡Ya no es una, son muchas! Su ausencia es demasiado dura. ¿¡No os dais cuenta de que vivo sumido en sueños y pesadillas por tenerla!? ¿Que se me está acabando la vida por su partida y ella no me ayuda, me está derrotando más?

—Hijo... —intenta decir mi padre.

—No quiero olvidarla. ¡Me niego a olvidar a mi mujer!

Abro el cajón donde están los reportajes que ha hecho hasta ahora. La posesión se manifiesta y araño su imagen, en la que está sonriendo y cautivando a la cámara. Destrozo cada hoja... A mi Gisele.

«¿Dónde estás, cariño?»

Lo gritos de Roxanne se elevan, alterada.

Me inquieto, mi familia se agarrota como yo. Aun así, me siguen pidiendo prudencia. De pronto se hace el silencio.

Mi hermana ya no grita ni habla.

Cinco minutos después, aparece en la puerta con los hombros hundidos. Niego, me levanto caminando hacia atrás, resquebrajándome por dentro. Me da miedo que hable, que pronuncie la maldita palabra que no quiero oír.

Sin acercarse... solloza y confiesa lo que Gisele le ha dicho:

—Matt... no va a volver...

Si quieres saber más y descubrir cada emocionante detalle de la historia entre Matt y Gisele, descúbrelo en La chica de servicio, I. Tiéntame. Y en La chica de servicio, II. Poséeme. Las novelas publicadas por Esencia, en las que conocerás y vivirás desde dentro el intenso amor que consume a estos apasionados protagonistas.

En enero llega... la tercera y última parte de la trilogía.

La chica de servicio, III. Y ríndete.

Biografía



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras con algún relato. La trilogía *La chica de servicio* es su primera novela, y ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.facebook.com/patricia.gr.980

librolachicadelservicio.blogspot.com.es

Quédate

Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Patricia Geller, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13548-7

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com